

VOZ
INSTALACIÓN SONORA
Museo Nacional

En el año 2003, viajé a Inglaterra a continuar un proyecto de creación artística. Quería entrar en contacto con población colombiana que se encontrara en circunstancias difíciles en ese país. Inicialmente y sin razones muy nítidas y con un poco de recelo y aprehensión, emprendí unas visitas a algunos presos colombianos detenidos en diferentes cárceles inglesas y luego en Colombia.

"El tiempo removido es la simulación de la muerte"
Allen Feldman. "Formation of Violence"

"Continuamente me sorprendo de que en América la mayoría de las personas creen que la prisión y la pena de muerte son justas. Para mi son meros refugios de los errores de la sociedad".
Laurie Anderson. In Dal Vivo: prison project

Sudan las manos. Siguen los pasos. Raspo los dedos. Cruzo una puerta, otra, otra. Miro a los lados: vidrios opacos, muro blanco infinito. Las puertas de acero, quietas, las llaves se agitan, se oyen; atrás nada. Gris, sonido vacío, mirada insistente, nada adelante nada atrás. Se oye, sólo se oye. Túnel a distancia: Impreciso, adentro, mas adentro, más áspero. Frente a la ventanilla de vidrio de seguridad, entrego mi pasaporte y casi todas las pertenencias. Pierdo dominio y empiezo a depender de las pautas que me determina el mundo aislado y artificial de la prisión. Alguien dispuesto a recibirme y a trasladarme al encuentro con los colombianos Me siguen hombres y mujeres de corpulenta estatura. Ésta decisión parece no tener regreso. Crece el vértigo. Logro ingresar un pequeño equipo de grabación de sonido y un plan de trabajo.

Traigo conmigo un tiempo para oír, para querer, para ser canal de una voz propia, sola y seca. Oír voces sin niñez, sin padres, sin afectos, sin educación, llena de maltrato, llena de humillación. Cada vez que ingresaba acumulaba intimidaciones, reclamos, culpas y por sobretodo escasez. Preparé diversos ejercicios para estimular una "reciprocidad creativa", propiciadora de un diálogo por largo tiempo silenciado, para recobrar el tiempo propio y para tratar de estimular la capacidad indagadora de si mismo.

Mi cuerpo penetra, recoge calor, frío y recelo. Oigo del lado derecho, del lado izquierdo. Me recargo, peso, peso aun más, acumulo. Hace frío, sigo, entro un poco más, llego frágil, insignificante. Se empieza a aquietar el tiempo. Voy recordando voces y opiniones aprobatorias al castigo. El miedo me va borrando los límites y me hace ver puntos ciegos. Miro. No veo, borro. Lo impreciso aparece. Hablan? No. Sólo miran. Doblan los pasillos, doblan las puertas, aumenta la vigilancia. Cuantos al lado? No veo, no se, oigo nada más.

En la prisión de Pentonville, Inglaterra, en medio de la asepsia del trato, uno a uno de los presos colombianos va entrando. Todos se me hacen conocidos, se ven amables y familiares. Diálogos y risas, euforia en el saludo. **"Voy para un juicio donde tengo el cincuenta por ciento en contra por ser Colombiano"**. Los relatos se inician, se muestran sedientos, dispuestos a moverse, a establecer algún contacto. Uno, otro, otro entran, en sudaderas, tenis, ropa limpia, uno a uno. Se ven de buena salud, uno que otro con cabeza agachada, aislada y pensativa. Nadie se retrae completamente, ninguno se niega a hablar de si mismo.

Papel, lápices, vendas, música, párrafos de literatura. En la prisión de Brixton, planeamos iniciar un recorrido por la casa de infancia, por el primer colegio, por la casa de los Buendia, por "la casa en el aire", por su país. Logro la concentración a pesar de la expresión de incomodidad y vergüenza manifiestas.

Visitan los lugares de infancia, los padres, la educación, los afectos. A veces es difícil continuar. Lloran, se detienen y relacionan. Borran, evocan encuentros deseados y desafortunados. Por momentos hay quietud. Cuentan unos, revisan otros, salta la risa: **"En mi casa los pisos eran impecables debido a lo estricta que era mi mamá"**. Por favor silencio. Entran más y cada vez más. La marca surge, se evidencia. Marcados desde siempre. Recorren de arriba abajo los mismos lugares por años olvidados. Rodean, buscan, entran, tocan.

Leen tímidamente y en voz alta. Beben las palabras de la literatura. Algo creativo empieza a suceder. En la prisión de Swelside, quieren emprender un intercambio a voluntad. Señalan que la vida activa y propia se detuvo. Que los recuerdos están fijos, anclados. De memoria recorren espacios vividos. Pasa el tiempo en silencio. Salen de allí para volver al comienzo, relatan, lo cuentan en detalle, lo trazan, reclaman, aparece la rabia. **"En mi casa era diferente, solo era pobreza y violencia"** Se devuelven en años, pero regresan y lloran. Encuentran cal en capas, muro, colegio, otro muro, casa, padres, familia. Aumentan los encuentros. Afuera no hay día. Menos aun, no hay distancia en la prisión de Rye Hill.

El Buen Pastor en Bogotá, cárcel de mujeres. Se sumergen en la primera infancia, la buscan, no salen. La primera adolescencia mira a la Infancia Voz a la derecha, voz a la izquierda, contenida y fija. La madurez mira a la infancia: busca los lugares, busca a los otros y a los deseos. Reconoce y desconoce. Ven a la madre que a veces atiende y al padre que vigila y desatiende. El país y la prisión en otros momentos son mencionados.

“yo lo odiaba lo odiaba, lo odiaba. Mi papá le pegaba mucho a mi mamá. Yo le daba gotas de Sinogan para dormirlo”

Clemencia Echeverri